

soros de la eternidad. Todo nos repite, que surgió un nuevo día para alegría de los mortales. ¡Oh salve, día del Señor! nosotros te consideraremos siempre como el más sublime de los días; y al renovarse tu memoria, cantaremos himnos eternos de amor á la infinita misericordia (1). Hoy la justicia y la paz se reconciliaron con el ósculo de la nueva alianza (2); hoy quedamos libres de la maldición de la culpa, y recobramos las delicias de la gracia, constituidos nuevamente herederos de aquella eterna bienaventuranza, que para siempre habíamos perdido, miserablemente, pecando.

Te adoramos ¡oh Verbo divino! hecho carne en el seno immaculado de María para nuestra redencion. ¡Oh bondad infinita! ¡oh nueva y nunca oida misericordia! puesto que el ofendido se humilla al ofensor; el padre, al hijo; el dueño, al esclavo; el Criador, á la criatura, que pecando brutalmente, se habia propuesto derribar de su trono á Aquel, que por solo amor la habia sacado de la nada para que participase de su vida. ¡Oh dulce Hijo de Dios y de María, esplendor eterno de la gloria de los Santos (3)! ¿cómo podremos nosotros mostrarte nuestra gratitud y reconocimiento? Nosotros no podemos con palabras darte las debidas gracias, ni siquiera concebir el pensamiento de dártelas, si Tú con la gracia no creas en nosotros un corazón nuevo (4), un corazón capaz de comprender la grandeza del beneficio que nos otorgaste con tu encarnacion. ¡Oh María! habla Tú por nosotros; di Tú al bendito fruto de tu seno, que ya procuraremos con todas nuestras fuerzas hacernos dignos de amarle. Ahora somos pecadores; todavía estamos cogidos en los lazos de la culpa, y tenemos necesidad de ser libertados de ella. Y Tú sola ¡oh Madre divina! Tú, á quien fué dado por Dios ser fecunda del divino Verbo, y por lo tanto, gloriosísima Madre de su Hijo, Dios lo mismo que su eterno Padre; Tú sola puedes con el Verbo, hecho hijo tuyo, obrar el prodigio que nos regenere á su gracia y á su amor. Esta gracia te pedimos hoy, postrados al pié de tu altar. Escúchanos ¡oh Madre dulcísima! pues para Ti, Madre amorosa, nada es imposible, habiendo sido digna de ser escogida entre todas las mujeres para dar vida al Omnipotente; y nosotros, con el auxilio divino, nos mostraremos agradecidos, viviendo fieles á tu Jesús en esta vida mortal, hasta que contigo lleguemos á verle cara á cara y gozarle en la patria bienaventurada de los Santos. Así SEA.

(1) *Prac. liturg.*(2) *PSALM. LXXXIV, 11.*(3) *HEB. 1, 3.*(4) *EZECH. XVIII.*

DIA QUINCE.

LA VISITA Á ELISABETH.

Esurgens Maria abiit in montana... et salutavit Elisabeth.

Partió María, se fué á las montañas, y saludó á Elisabeth.

(*Luc. 1, 39.*)

No son pocos en nuestros días, los que víctimas de una preocupacion, ó más bien, de un error bastante funesto para la Iglesia de Jesucristo, van diciendo, que la Religion hace á los hombres tan tacaños y medrosos, así en la especulacion de la ciencia, como en la práctica de la vida, que son incapaces de toda generosa empresa ó accion magnánima. Esta trivial afirmacion del número infinito de los necios, nos causaría más bien compasion que despecho, si entre nosotros fuese considerable el número de los sábios, y fueran ellos los reguladores de la opinion pública; pero como, por desgracia nuestra, han logrado los malvados, con sus perversas doctrinas heréticas é impías, corromper, con harta frecuencia, la sencilla fé de las naciones, es de todo punto necesario impugnarlos. ¡Ea, pues, enemigos de Jesucristo! oid, y presentadnos las razones que teneis á favor vuestro. ¿Cuál es, y cuál ha sido, contestad, la secta que, como la Religion Católica, haya impulsado los hombres á recorrer mares, montes é inmensos desiertos, hasta los últimos confines de la tierra, con el único fin de apartar á los salvajes de la feroz degradacion de la barbarie, y reducirlos al estado de civilizacion con la luz divina del Evangelio? ¿Quién de vosotros se dedicó, como los católicos, con solemne juramento, al servicio de los enfermos, sin excluir los apestados, ir en busca del viajero extraviado en medio de las eternas nieves de los montes, llevar consuelos en el fondo de las oscuras cárceles, y, finalmente, socorrer toda suerte de infortunios, y enjugar tantas lágrimas

mas, cuantos son los dolores de la vida? No basta contestar, que estos hechos son excepcionales, siendo manifiesto á todo el mundo, que proceden de la intrínseca naturaleza del Catolicismo, cuya historia forman, desde Jesucristo, hasta nosotros; en la cual debe abarcarse tambien la del pueblo Hebreo, que fué su preparacion. Y en la misma historia del pueblo Hebreo, aunque fuera tan solo la preparacion del Catolicismo; ¿á quienes podriais vosotros oponer á Moisés, á David, al hebreo José, á Judith y á los Macabeos? ¡Ah! rendíos, al fin, y confesad, que la religion católica hace capaces á los hombres de grandes acciones, y los pone en condicion de obrar maravillas de heroismo, del cual no tienen ejemplo las historias profanas. De cuya verdad, me es grato esta noche presentar como prueba á la Virgen de Nazareth, que aunque lleve en su seno el fruto divino, no obstante, impulsada por el fuego de caridad, emprende un penosísimo viaje por los elevados montes de la Galilea. Pidamos ántes la gracia. A. M.

Apénas María supo por el Arcángel la milagrosa fecundidad de su parienta Elisabeth, se dirigió en persona, impulsada por el amor, á los montes de la Judea para darle el más afectuoso parabien. Este fué el motivo, y no otro, segun indicaron maliciosamente algunos herejes, dispuestos siempre á empañar los divinos relatos, de que queria asegurarse de aquel prodigioso suceso; pues su alma, cándida como la misma inocencia, no conocía el desolador excecicismo, que invade tan miserablemente en nuestra época á todos los entendimientos, y desnaturaliza todos los corazones; sinó que, por el contrario, porque prestó plena fé al anuncio angélico, emprendió inmediatamente el camino, cediendo al impulso de la hidalga benevolencia de su corazon; enseñando así al mundo, que la fé debe ser fácil y pronta en lo relativo á las manifestaciones del poder y de la misericordia de Dios para con los hombres; ora haga Él mismo oír su voz en la cumbre del Sinai; ora hable al corazon de los patriarcas y de los justos de toda edad; ó ya enseñe á las naciones por el sublime magisterio de su Iglesia. Y aquí no puedo ménos de exhortaros á que os guardéis de una nueva costumbre de nuestro siglo, que al paso que protesta y pretende ser católico, en realidad, con sus inconsiderados discursos y sus obras inícuas se separa del gran centro de la Iglesia de Jesucristo.

Yo ya creo, dicen algunos, en el santo Evangelio; pero, no se me hable de la Iglesia católica, ni de su cabeza el Sumo Pontífice, á quien se pretende conferir el atributo de la infalibilidad, como si no fuese un hombre como otro cualquiera, sujeto á error, sinó más bien

una divinidad. Yo acepto la fé en el Evangelio; pero, no hablemos de lo demás. ¡Este lenguaje, hermanos míos, es puramente herético, y aún peor: así hablaron Arrio, Focio, Lutero, Calvino, y todos los herejes y cismáticos de las edades pasadas y de los tiempos más próximos á los nuestros; los cuales, con la Biblia en la mano, y sus falsos principios en el corazon, decían: Aquí teneis las santas Escrituras, que contienen la Religion verdadera que debemos profesar. Pues bien; la historia nos enseña cuales han sido los frutos de su predicacion: han destruido en algunos pueblos la fé, la Iglesia, los Libros santos, la misma razon humana, todo. Y para instruirnos algun tanto acerca de este importantísimo argumento, dejando aparte que la Iglesia es una sociedad verdadera, y que no puede existir sociedad sin autoridad gubernativa, ni gobierno sin jefe supremo; les pregunto tan solo: ¿el Romano Pontífice tiene, ó no, sobre los demás fieles alguna prerogativa? pues sabemos que á él solo, esto es, á Pedro, el primero de los Pontífices Romanos, dijo Jesucristo: «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia: contra ella no prevalecerán las fuerzas del infierno, y á tí te daré las llaves del reino de los cielos. Y todo lo que atares sobre la tierra, será tambien atado en los cielos, y todo lo que desatares sobre la tierra, será tambien desatado en los cielos (1).» Y solo á él dijo: «Apacienta mis corderos (los fieles): apacienta mis ovejas (los obispos, puestos aquí y allá para gobernar con él, y dependientes de él, mi Iglesia) (2). Además de esto; ¿qué seguridad tendria yo en la fé, si aquel que es su cabeza pudiese errar, y llevarme á su error? ¡Ah, hermanos míos! no demos oidos á tales blasfemias, no nos dejemos arrastrar por tales razonamientos infernales! Y aún ménos os dejeis sorprender cuando oigais declamar, que el Papado ha cumplido su tiempo, y que este ó aquel es, ó será el último Jefe de la Iglesia. Volved la vista al Vaticano en estos dias de tan terrible y universal tempestad de la sociedad cristiana: el espectáculo de aquella piedra inmovible contra todos los golpes de las furiosas olas, miétras se derrumban y desaparecen para siempre tronos, instituciones y reinos enteros, debe bastar para convencernos, de que no dejarán de cumplirse las palabras de Jesucristo: *portæ inferi non prævalebunt*. Depositario de las prodigiosas llaves, sin ejército, ni proteccion; rodeado de encarnizados enemigos; embestido constantemente por desencadenada tempestad; amenazado de hierro y fuego; blanco de maldiciones, de tormentos y de muerte; ha visto, no obstante, desfilar á su presencia diez y

(1) MATTH. XVI, 18 Y 19.

(2) JOANN. XXI, 16 Y 17.—ACT. XX, 28.

nueve siglos, todos más ó ménos adversarios suyos, sin que nadie haya tenido fuerza bastante para derribarlo de su trono; miéntras desaparecieron, una tras otra, todas las potestades de la tierra que cantaban el propio triunfo. ¡Oh, hermanos míos! si no nos place argumentar como católicos, hagámoslo al ménos como filósofos, dejándonos amaestrar por la historia; y la historia aquí está para persuadirnos, que el Catolicismo es la piedra que nunca será removida por ningun poder de la tierra; y que quien quiera que osare combatir contra ella, saldrá con la cabeza rota y aplastadas las sienes. Mostremos, pues, sensatos en una materia tan importante y necesaria para la salvacion.

¡Oh! cuán bella es la fé de los sencillos, y bellísima y sublime la de María, de la cual aquí nos ocupamos! Creyendo Ella verdaderamente, que, segun lo anunciado por el Arcángel, Elisabeth era madre por milagro, se fué apresuradamente á visitarla. Y á propósito, pregunta San Ambrosio: ¿por qué tanta y tan tierna solicitud en María para visitar á su prima Elisabeth en su nuevo estado? Porque la caridad verdadera, responde el santo Doctor, no sufre dilacion: habiendosido Ella, desde su más tierna infancia, llena de benevolencia y de amor, sentía ansiedad de comunicar á sus parientes más caros, de quienes había sido más particularmente protegida en la infancia, aquella abundancia de santificacion y de gracia de que estaba colmado su seno, por Jesucristo su Hijo, y verdadero Hijo de Dios (1); bien así como el arroyuelo que baja espontáneo de los montes, se extiende manso y benéfico por los prados, hace crecer las yerbas y los vástagos, para que no falte pasto al rebaño que el pastor conduce allí por la mañana. Este es para nosotros un bello ejemplo, que nos enseña de que manera hemos de ejercer la caridad, con la fácil y natural difusion de un corazon amoroso, aunque no tuviéramos que socorrer las necesidades ajenas: puesto que caridad significa, y es, amor que sale del corazon, y obra el bien por solo amor al bien. Por cuyo motivo, al dar limosna se ha de procurar que, al paso que se socorre al pobre y se alivia su necesidad, no nos domine el interés, ú otra baja pasion que destruya su mérito, y la despoje de su celestial belleza; pues no es caridad cuando, contra el precepto evangélico, sabe muy bien la siniestra mano lo que hace la derecha (2). Tampoco es caridad, cuando se hace con tan poca modestia, que el pobre se ve precisado á sonrojarse; ni cuando se da por segundas intenciones de política, para adquirir reputacion, ó satisfacer el fausto y el orgullo; y mucho

(1) Orsini; *La Vergine*, tom I.

(2) MATTH. VI, 3.

ménos si se quiere sacar inícuo provecho de la miseria de nuestros hermanos. La caridad ha de ser expansion del puro amor de Jesucristo.

Y purísimo amor fué la benevolencia de María, la cual, apénas hubo resuelto visitar á su parienta Elisabeth, partió al instante, sin atender á lo largo del viaje, ni á su delicadeza, y que estaba en cinta. Elisabeth vivía en Ain, á dos leguas hácia el mediodía de Jerusalem; y para trasladarse allí, eran necesarios cinco dias de camino; debiendo atravesar parte de la Galilea, toda la Samaria, y la tierra de Judá; país interrumpido á cada paso por escabrosos montes, torrentes y terroríficos desiertos. Además de que los caminos eran ruines sobremanera, por la condicion del terreno, donde sucedía, frecuentemente, que se hundiesen al paso de los camellos, y á cada instante pusiesen al viajero en grave peligro. Añádase, el tener que acostarse por la noche sobre el duro suelo, bajo la desgarrada tienda de alguna caravana del desierto; y el temor de ser asaltados por los Árabes, que vivían constantemente de la rapiña. Pero María en nada de esto pensó, impaciente como estaba de hacer participante á su prima de las divinas bendiciones que había recibido del Cielo, ¡Prodigios de benevolencia, de que solo es capaz un amor verdadero é intenso! Me refiero al amor que desciende de lo alto, pues todo otro amor, creedme, hermanos míos, es efímero, dura un solo dia, rechaza todo pesar y todo sacrificio, á no ser muy ligero, y tan sólo por razon de satisfaccion propia.

Los eruditos discuten, si la Virgen emprendió aquel viaje en compañía de su esposo José, ó bien sola. Algunos pretenden que fuese esto último, por lo mismo que el Evangelio no hace mencion alguna de José. Pero es preciso tener en cuenta, que los Evangelistas no escribieron minuciosamente todo cuanto sabían de Jesús y de su Madre María, pues, habría sido necesario, dice San Juan, escribir una infinidad de volúmenes (1). Está, pues, fuera de toda verosimilitud, que un hombre tan piadoso y lleno de sabiduría como José, dejase andar sola, expuesta á las incomodidades y peligros que hemos apuntado, á una esposa jóven, bella, sencilla, delicada, y que ignoraba completamente los usos y las artes del mundo, confiada, y sin abrigar sospecha alguna como la misma inocencia salida de las manos de Dios. Además, que nadie acostumbraba viajar solo, y ménos las mujeres, por los desiertos de la Siria; donde, aún en nuestros dias, se va en compañía de numerosas caravanas, cuando ménos, para

(1) JOAN. XXI, 25.

defenderse de los ataques de los Árabes, que infestan constantemente aquellas tierras, y asaltan, roban y asesinan á cuantos encuentran al paso (1). Por último, no carece de fuerza para persuadirnos que José acompañó en aquel viaje á su dulce esposa María, la pintura, acorde con las antiguas tradiciones, que nunca nos representa la bella escena de la visitacion de María á su muy amada prima Elisabeth, sin figurar en ella la risueña imágen de su esposo José.

María, pues, llegó á la ciudad sacerdotal despues de cinco dias de viaje, donde Zacarías moraba con su familia. Y llegado que hubo á la casa de Elisabeth, ¿quién sería capaz de escribir lo que pasó en ella, y en aquellas dos almas celestiales reunidas por tan extraordinarios prodigios del Cielo? Una jóven esposa tan amada como María, que despues de cinco dias de fatiga, ve, por último, á su venerable prima, á la cual tanto amaba; y la afectuosa y venerable Elisabeth, que, sin esperarlo, admira en su presencia á la divina Madre del Salvador, es una escena que no puede describirse con palabras humanas. Su salutacion fué la siguiente: María, con la mano puesta sobre el corazon, dijo á Elisabeth: «La paz sea contigo.» A estas palabras Elisabeth quedó arrobada como fuera de sí, encendiéndosele el rostro de una viva llama; y fué colmada de tal gracia, que hasta el milagroso fruto de sus entrañas dió señales de regocijo. Es decir, que Juan sintió la presencia de Jesucristo, y Elisabeth conoció y creyó la encarnacion del divino Verbo en el vientre de su parienta. Por cuyo motivo exclamó, y dijo á María: «Bendita tú eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre. Y ¿de dónde á mí tanto bien que venga á visitarme la Madre de mi Señor? Pues lo mismo fué penetrar la voz de tu salutacion en mis oidos, que dar saltos de jubilo la criatura en mi vientre. ¡Oh bienaventurada tú que has creído! porque se cumplirán sin falta las cosas que se te han dicho de parte del Señor (2).»

¡Oh santa y dulce amistad de los tiempos patriarcales! cuán gratas y conmovedoras son las escenas de tus sagrados amores! Pero esta fué una escena más que patriarcal, escena de Paraíso. ¡Oh hermanos míos! nosotros, aunque tan diferentes de esas almas escogidas, tan degradados y encenegados brutalmente en los vicios siempre crecientes de la mal llamada civilizacion del siglo, con solo quererlo, podremos tambien consolarnos con el placer de semejantes amistades, sinceras, justas y cordiales. He dicho queriendo, para significar, que las inspiraciones de nuestros afectos y de nuestras ternuras

(1) Volney, *Viaggio in Siria*.

(2) Luc. 1, 42.

debieran proceder del santo amor de Jesucristo; y de ese amor procederían siempre, si recordásemos que todos hemos sido criados á fin de constituir una sola familia de santos acá en la tierra, para trasformarse despues en una sola familia celestial en la bienaventuranza. A este fin vino el Salvador al mundo, para enseñarnos el amor de Dios y del prójimo, en lo cual está cifrada toda su ley (1), único origen de toda alegría verdadera; la alegría que inundó al alma de la Virgen y la de Elisabeth. De ahí, pues, el que la bellísima Madre de Dios la contestara con aquella admirable improvisacion del MAGNIFICAT, el más bello y sublime cántico de cuantos hayan salido de la boca de los profetas en los éxtasis de inspiracion divina. ¡Oid pueblos, cielos oid; oid mares, rios y montes; yerbas, plantas, flores y animales; oid esta armonía celestial! «Mi alma glorifica al Señor; y mi espíritu está trasportado de gozo en el Dios salvador mio. Porque ha puesto los ojos en la bajeza de su esclava: por tanto ya desde ahora me llamarán bienaventurada todas las generaciones. Porque ha hecho en mí cosas grandes Aquel que es todopoderoso, cuyo nombre es santo; y cuya misericordia se derrama de generacion en generacion sobre los que le temen. Hizo alarde del poder de su brazo: deshizo las miras del corazon de los soberbios. Derribó del sólio á los poderosos, y ensalzó á los humildes. Colmó de bienes á los hambrientos, y á los ricos los despidió sin nada. Acordándose de su misericordia, acogió á Israel su siervo, segun la promesa que hizo á nuestros padres, á Abrahan y á su descendencia por los siglos de los siglos (2).» ¡Oh cántico! oh palabras! oh sentidos arcanos de Paraíso! Pues que indudablemente María, en tal éxtasis de amor tiernísimo que la arrebató en el seno de su Criador, vió el cumplimiento perfecto de todas las profecías, y su futura gloria en la de su hijo Jesús, cuyo imperio no tendrá fin en el Cielo, en la tierra y sobre el Infierno! Y ¡oh inefable conmocion, con la cual debió sentir mezclarse en su corazon los más santos y sublimes afectos, viéndose elevada, no ya sobre toda criatura terrena, sino sobre los Querubines, los Serafines y todas las gerarquías angélicas de la celestial Sion; Madre de Dios, y todo el género humano redimido; Reina del universo, á la cual se levantarían templos en toda playa, se consagrarían altares en todas partes, y cantarían todos los hombres festivos himnos de alabanza! ¡Oh! sí, abre ¡oh María! ¡tus labios para cantar; motivos tienes para ello. ¡Tu nombre, despues del de tu Hijo Jesús, está destinado á resonar gloriosísimo en el Cielo y en la

(1) MATTH. XXII, 40.

(2) LUC. 1, 47 y siguientes.

tierra por todos los siglos, y no habrá otro que como el tuyo sea exaltado, bendito é invocado para alcanzar la salvacion!

Hermanos míos; si hoy algun adulador hiciese semejante prediccion á una mujer elevada extraordinariamente por la fortuna á un trono, ¿acaso la creeriais, y la creyera ella misma? Contemplad los terribles acontecimientos de que es teatro la Europa, y con esto os habreis contestado á vosotros mismos. ¡Ah! las orgullosas fortunas de esta tierra son siempre infelices; infelices cuando caen y cuando suben; porque en el mismo acto de subir, está la causa de su caída. «Dios, dice la Virgen, derribó del sόlio á los poderosos y ensalzó á los humildes; colmó de bienes á los hambrientos, y á los ricos los despidió sin nada.» Los poderosos, los soberbios, los ricos, aunque cristianos, pertenecen á la sociedad vieja, á la sociedad que decae, hasta en sus triunfos: y, por el contrario, los que temen á Dios, los humildes, componen la sociedad nueva, vaticinada por María, y fundada por su Hijo Jesucristo; sociedad que durará eternamente, y vivirá siempre feliz. María la predijo, y, en cierto modo, la formó en sí misma; y por esto todas las generaciones la llamaron y la llamarán bienaventurada.

¡Oh, Señor! tambien Tú obraste en nosotros cosas grandes sobre toda ponderacion; pero ¡ah! cuán léjos estamos de mostrarnos agradecidos por ello, cual lo hizo religiosamente tu amada Hija y Madre María! Obraste en nosotros cosas grandes, sacándonos de la nada por sola tu bondad, dándonos un alma hecha á tu imágen y semejanza, capaz de conocerte y de amarte; vistiéndonos de la original justicia y santidad, con que pudiéramos aspirar al Cielo; y además de esto, poniéndonos en medio de un jardin lleno de delicias, donde tu beneficencia derramó toda suerte de dones naturales y de gracia. Y todo eso ¡Dios mio! no bastó para mantenernos en tu amor, sino que, por el contrario, como si no te conociéramos, de esto mismo sacamos motivo para pervertirnos; de tal modo, que hasta deseábamos ocupar el sόlio de tu gloria. ¡Ingratitud, delito, monstruosidad! Pero no; basta. Bondadoso como eres, y Padre de infinita misericordia, quisiste socorrernos con la gracia de tu perdon; y enviando á la tierra á tu único Hijo, consubstancial á Ti, obraste en nosotros nuevas y más estupendas maravillas, redimiéndonos de la maldicion eterna con su vida y su muerte dolorosísima de cruz; y poniéndonos en el seno de la Iglesia, que fundó con su propia sangre, en provecho nuestro, hasta la consumacion de los siglos; y procurándonos en ella un sinnúmero de medios para reconciliarnos contigo, cuantas veces pecaremos de nuevo, con los sacramentos, los ritos y las so-

lemnidades de tu culto; en fin, abriste en provecho nuestro todos los tesoros de tu infinita benignidad. Y á tantos milagros de amor hemos correspondido con negra ingratitud. ¡Ah! llénate, alma mia, de vergüenza y de confusion, indigna, como eres, de mirar al Cielo. Mas, si en tu confusion te humillas y confiesas tu pecado, Dios amoroso te abrirá otra vez los tesoros de sus gracias y de sus misericordias. Así SEA.

DIA DIEZ Y SEIS.

LA RESIDENCIA EN AIN.

Mansit Maria cum illa quasi mensibus tribus.

Detúvose María con Elisabeth cosa de tres meses.

(Luc. I, 19.)

Dios crió al hombre para que fuera feliz, y por eso lo constituyó rey de toda la naturaleza en el jardin del Eden, lugar de todas las delicias, donde cuantas maravillas existen en la tierra resplandecian siempre con nueva y más espléndida magnificencia. ¡Ah! si el hombre hubiera conservado la inocencia y la justicia de que le había revestido el Señor (1)! Solo con eso, atendido el fin de su creacion, todas las cosas le hubieran servido como de gradas para elevarse al Criador; más aún: en cada una de ellas, desde las estrellas más encumbradas del firmamento, hasta el humilde riachuelo que se oculta bajo las yerbas del valle, hubiera visto y admirado su hermosa imágen, y suspirado por él con todo el transporte de su corazon. Mas ¡ay! el infeliz pecó; y la culpa ofuscó de tal suerte su inteligencia, y pervirtió de tal manera su voluntad, que, perdiendo

(1) GEN. I, 15.